

El distintivo del cristiano

2ª Corintios

4.8 – 5.10

Vivimos confiados siempre

James Thompson

«Porque por fe andamos, no por vista» (5.7).

Si tuviéramos que escribir una historia de la congregación local, usando como fuente bibliográfica los boletines antiguos y otros registros de ella, es probable que casi todas las iglesias mostrarían una característica en común. Nuestros registros revelarían un patrón de comienzo de nuevos ministerios con un período inicial de gran entusiasmo, tan sólo para ser seguido de un período de «desmayo» después que la emoción se disipó. El ministerio del bus y el programa de visitación, por ejemplo, podrían atraer más voluntarios de los que podemos usar, cuando los programas se anuncian por primera vez. Pero muy a menudo, la cantidad de voluntarios mengua, hasta que sólo unos pocos quedan, para supervisar los programas. Ellos también «desmayan», perdiendo interés en la tarea. Cuando un patrón de renuncia a ministerios vitales se instaura, fácilmente nos volvemos cínicos ante la perspectiva de cualquier nuevo ministerio.

Este patrón ha dejado «desgastadas» a muchas personas capaces, después de haber pasado muchos años creyendo que iban a hacer que las cosas cambiaran. En efecto, no puedo pensar en ningún aspecto de los muchos ministerios de la iglesia, en el que el desánimo no sea un serio problema. Los que fueron puestos a cargo de los ministerios de bus y del programa de visitación, «desmayan»

después de un largo tiempo en el que han estado tratando de atraer voluntarios para su trabajo. El maestro de escuela dominical pasa por la misma rutina por años. Los ancianos y los ministros se cansan fácilmente de un trabajo en el que solamente ven una cadena interminable de problemas. Muchos de nosotros tomamos parte en programas creyendo que vamos a «hacer que las cosas cambien», pero con el tiempo no estamos seguros de que lo estemos logrando. Estoy convencido de que el peligro para nuestros ministerios, no es la falta de buenas ideas y tampoco de personas capaces. El problema es que sufrimos «desgaste».

Si somos francos reconoceremos que muchos ministerios de la iglesia son desalentadores. Es difícil para el maestro de escuela dominical convencerse de que está logrando cambios. El ministro del púlpito, conciente de que vive en una cultura a la que le encanta medir todas las cosas, tiene pocos resultados que se puedan medir. ¿Cómo se pueden medir los cambios que se dan en la vida de los oyentes? ¿Cómo puede saber uno que su esfuerzo fue un factor decisivo para la edificación de la iglesia? Aun en iglesias en las que ha habido considerable crecimiento cuantitativo, el crecimiento espiritual no es fácil de medir. Debido a que nuestros resultados no son fáciles de medir,

exigimos indicios tangibles de que nuestro trabajo se ha hecho sentir. Llamamos la atención al nuevo salón de clases, al hecho de que sobre el edificio no pesa ninguna hipoteca y a los registros de asistencia, para hacer ver el éxito que hemos tenido. Sin embargo, nos queda ese sentimiento de que en un ministerio exitoso debe de haber otros resultados además de los anteriores indicios visibles.

Me he referido al desaliento con la palabra «desmayo» porque ésta es la que se usa en 4.1 y en 4.8. Esta palabra (*egkakein*) se usa bastante a menudo en el Nuevo Testamento, lo que parece insinuar que nuestras congregaciones no son las únicas que «desmayan». El consejo que a menudo se da contra el desmayo, en el Nuevo Testamento, demuestra que los cristianos siempre han adolecido de desánimo. Jesús contó la parábola acerca de la viuda insistente que rehusó rendirse cuando le hacía su petición al juez injusto, con el fin de dar aliento a sus discípulos: «También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar» (Lucas 18.1). Aparentemente, él contó esta parábola porque la oración de los discípulos por la venida del reino de Dios no pareció dar resultados.

Pablo a menudo les aconsejaba a los cristianos que no «desmayaran». A los gálatas (Gálatas 6.9) y a los tesalonicenses (2ª Tesalonicenses 3.13) les escribió diciéndoles que «no se cansaran (*egkakein*) de hacer bien». A los Efesios les dice que no «desmayen» por causa de los padecimientos de Pablo. Por lo tanto, Pablo sabía que el «desmayar» es una tentación a la cual se le hace frente en el ministerio.

En dos ocasiones en 2ª Corintios, Pablo dice: «no desmayamos» (4.1, 16). El hecho de que Pablo repite esta expresión insinúa que ella es particularmente importante para él en su conversación con los corintios. ¡Es evidente que Pablo tuvo que responder a los que estaban poniendo en duda su ministerio e insinuando que él debía de haberse desanimado! ¡Su debilidad, su fragilidad y sus muchas derrotas debían de significar que él mismo era un hombre que estaba derrotado! Según los patrones de medición humanos, su ministerio era un fracaso. No sabemos cuán grande era la iglesia que estaba en Corinto, pero lo que sí sabemos es que era problemática y rebelde. Cuando los oponentes hicieron notar que Pablo se entregaba tanto que su salud le estaba fallando, e hicieron notar también que no había señales de éxito, ellos afirmaron que él era una ridícula figura cuyo cuerpo se estaba «desgastando» (4.16) a la vez que se entregaba a una causa que estaba perdida.

¿Cómo evita uno renunciar cuando ha estado desanimado? Las respuestas de Pablo a los que

afirmaban que él debía de estar «desmayando» serán útiles a los que, entre nosotros, al igual que Pablo, no podemos medir nuestros éxitos visibles con facilidad. En 4.16—5.10, Pablo da la razón por la que él, a pesar de no cumplir con los criterios de éxito impuestos por los demás, seguía activo en su ministerio.

«NO MIRAMOS LAS COSAS QUE SE VEN» (4.16–18)

A primera vista, parece que Pablo tenía razones para «desmayar». Su «hombre exterior» se estaba «desgastando» (4.16). Una posible razón para renunciar era la constante «tribulación», que, en opinión de muchos, era una demostración de que él era un fracaso. Por toda 2ª Corintios, las debilidades y tribulaciones físicas de Pablo constituyen el tema (cf. 4.7–8). Está siempre «muriendo» por Jesucristo (4.10, 11; cf. 1ª Corintios 15.31; Romanos 8.36). El ministerio al cual había sido llamado le daba todas las razones para estar, desde el punto de vista humano, desanimado.

¿Cómo es posible que alguien no «desmaye» viendo que sus esfuerzos no producen resultado alguno? La mayoría de nosotros puede tolerar la incomodidad y el dolor cuando creemos que nuestro trabajo va a producir resultados. Es cuando ya dejamos de ver que tiene futuro, que deseamos renunciar. Tal vez la lenta muerte que sufren muchos de nuestros esfuerzos en la iglesia, por fin se produce cuando vemos que nuestros sacrificios no nos llevan a ningún lugar.

Por los ojos de la fe, Pablo pudo ver la relación que había entre el sacrificio y los resultados, de un modo que lo animaba. El «desgaste» y las tribulaciones se limitaban al «hombre exterior», esto es, al cuerpo físico (cf. 12.9ss). Su cuerpo, debido al estrés de su trabajo y al dolor infligido por otros, podría estar en proceso de deterioro, pero su verdadero yo no podía ser destruido por los azotes ni por los desvelos. Pablo reconocía que sus tribulaciones eran «momentáneas» (*elaphron*) y «leves» (*parautika*). El primer término sugiere que sus tribulaciones eran insignificantes en comparación con la gloria eterna. Es decir, las tribulaciones no guardaban proporción con los resultados, porque las tribulaciones eran insignificantes en comparación con los resultados eternos de su trabajo.

Cualquiera que haya estado entregado a un trabajo difícil ha sentido que su tarea era «eterna». Los años de privación que uno pasa cuando asiste a la universidad para sacar una profesión, podrían parecer eternos al comienzo. Recuerdo los difíciles trabajos de verano que tuve mientras asistía

a la universidad, los cuales estaba seguro que duraban una eternidad. Ahora que muchos años han pasado, veo cuán breves fueron aquellos veranos. Esta forma de ver su situación impidió que Pablo se desanimara. Las aflicciones del momento son triviales en comparación con el «eterno peso de gloria». De hecho, el dolor del momento no es simplemente una molestia de la que uno se quiera deshacer. Tal dolor «produce en nosotros» un eterno peso de gloria. Hay una razón por la que nuestro ministerio no siempre muestra señales de éxito que se puedan medir, y ella es que nuestros aparentes fracasos nos preparan para verdaderos resultados que no podemos ver en el presente.

Esta fe en el futuro mantuvo vivo el ministerio de Pablo. Esto fue lo que escribió a los romanos: «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Romanos 8.18). Esto fue lo que preguntó:

¿Quién nos separará del amor de Cristo?
¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero (Romanos 8.35–36).

Su certeza de que hay un futuro le dio la confianza para seguir adelante sin desanimarse.

Si nuestra congregación tiene una historia de programas que fracasaron y de dirigentes que «desmayan», es probable que hayamos sido víctimas de la impaciencia que caracteriza la era en que vivimos. La mentalidad que dice que los sacrificios son demasiado grandes para los escasos resultados que se obtienen, no ha dado cabida al gran cuadro que pinta Pablo del futuro. Nuestra exigencia de que haya resultados rápidos para probar que nuestro programa «vale la pena», es una señal de que nuestros ministerios carecen de fe. Hay un peligro implícito en el enfoque que exige señales visibles de éxito. El espíritu de confianza de Pablo, en cambio, se originaba en la certeza que tenía él de lo que no se ve: «[...] no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (4.18).

Los que criticaban el ministerio de Pablo medían solamente el «hombre exterior», y podían ver que era poco impresionante en todos los aspectos. Pero había algo acerca de este ministro que «no se veía» y que era imposible de medir. Era el «hombre interior» que se «renueva de día en día» (4.16). Pablo no sólo se animaba y se fortalecía por sus convicciones acerca de un glorioso futuro. Su vida

cristiana era más que una dolorosa prueba que lo desgastaría hasta que ese futuro diera comienzo. Hay cierto énfasis en 4.16 sobre lo que sucede «de día en día». En ese mismo momento, cuando el «hombre exterior» se está desgastando, el «hombre interior» se renueva. Pablo sabía que la vida cristiana llevaba aparejado algo más que un glorioso e invisible futuro; había un glorioso presente que también era invisible. Los que insisten en resultados que se puedan medir y en señales visibles, pueden no ver lo que está ocurriendo «de día en día». Pero Pablo sabe por la fe que el presente también es bueno.

Lo que está teniendo lugar cada día en las muchas pruebas es lo que Pablo llama «renovación» (4.16). Él habla en otro pasaje de su epístola acerca de la experiencia que es común a todos los cristianos: el momento en que se convierten en «nuevas criaturas» (5.17). Pero el tiempo en que se llega a ser «nuevo» por el poder de Dios no se reduce a ese solitario evento. Su «renovación» es continua; es un poder que los capacita para seguir adelante. Esta referencia a la parte de nosotros que se está «renovando» se parece a las palabras que dijo anteriormente acerca de que el siervo de Dios está siendo «transformado» (3.18). En ambos casos está implícita la convicción de que el cristiano tiene recursos y fuerzas que le impiden «desmayar». Él sabe que ese poder lo perfecciona «de día en día» para las tareas que Dios le asigna.

El Nuevo Testamento se refiere a la constante renovación del cristiano. Pablo les escribe a los romanos lo siguiente: «No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento [...]» (Romanos 12.2). También, les dice a los colosenses: «[revestíos del nuevo hombre] el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno» (Colosenses 3.10). La renovación es obra de Dios, no de nosotros. Cuando creemos que el trabajo del ministerio depende de nuestros recursos, fracasamos. Cuando reconocemos que Dios no nos ha abandonado, no «desmayamos».

Se puede notar cierta ironía en las palabras de Pablo cuando dice que mientras «nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva». Está seguro de que está ganando nuevas fuerzas en el momento mismo que su cuerpo está perdiendo fuerzas. Estas nuevas fuerzas pertenecen al «hombre interior», la parte de nosotros que no se «desgasta». Nuestro cuerpo puede estar sujeto a todos los dolores que se mencionan en 4.8–10, pero esta debilidad no afecta nuestro ser interior. El «hombre interior» es esa parte de nosotros que piensa y tiene voluntad. Pablo se refiere a esto

en Romanos 7.22. En Efesios 3.16, escribe una hermosa oración que dice: «para que [Cristo] os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu». Según Pablo, la fortaleza reside en su debilidad, pues ni un azote, ni un desvelo, podían agotar la fortaleza de la parte de él que sí importaba, la parte destinada para la eternidad.

A los oponentes que criticaban el ministerio de Pablo, sin duda les resultaba difícil creer en un poder de la persona interior que no podía verse ni medirse. ¡A menudo parecemos sentirnos más cómodos con las exigencias de los oponentes, que con la fe de Pablo! Los recursos internos no pueden darse a conocer en el boletín de la iglesia, como señales visibles de fortaleza. Tampoco podemos probar fácilmente a nadie más que nuestro ministerio es auténtico en lo que se refiere a los recursos internos. Somos partícipes con los críticos de Pablo del deseo de ver señales visibles que nos animen. La experiencia que tenía Pablo de un poder no observable, le impedía «desmayar».

Si aprendemos esta valiosa lección, veremos nuestro ministerio de un modo radicalmente nuevo. Podremos hallar fortaleza precisamente en aquellos aspectos en los que parecemos un fracaso. Los ministerios que parecen fracasar constituirán la oportunidad para hallar nuevas fuerzas. Las frustraciones de los programas de la iglesia constituirán la oportunidad para que nosotros crezcamos espiritualmente. La mala salud que pone a prueba nuestra fe nos permitirá cultivar recursos espirituales. El cristianismo auténtico no procura el éxito del «hombre exterior», sino la fortaleza del «hombre interior», fortaleza que no se puede medir.

VIVIMOS CONFIADOS (5.1–10)

En 5.1–10, Pablo describe con mayor detalle las cosas «eternas» y «que no se ven». Usa imágenes gráficas para describirlas. Tenemos un «edificio» para reemplazar nuestro endeble «tabernáculo». Seremos «revestidos» de «nuestra habitación celestial» del mismo modo que nos pondríamos una nueva indumentaria (5.2). Al revestirnos de nuestra nueva habitación, jamás seremos hallados «desnudos» (5.3). No son palabras fáciles de entender. Nuestra inclinación natural es usar las palabras de Pablo acerca del futuro, para producir nuestro propio cuadro detallado de la otra vida. Pablo habló a menudo acerca de su esperanza de que llegaría el momento cuando partiría para estar con Cristo (Filipenses 1.23). En 1^{era} Corintios, habló del Advenimiento de Cristo, en el cual, los que pertenecen al Señor serán vivificados en Él

(1^{era} Corintios 15.23). En 1^{era} y 2^a Tesalonicenses, él describió gráficamente el día del Advenimiento del Señor. Es natural que tengamos el deseo de saber cómo se relacionan todos estos pasajes. ¿Cuándo es que seremos «revestidos» de «nuestra habitación celestial»? ¿En qué sentido tenemos esta «habitación» ahora? La pregunta acerca del «cuándo» y del «cómo» ha fascinado a mucha gente por muchos años.

En la década pasada, observamos que no hay tema que fascine a tan grande número de personas como lo hace el tema del final de los tiempos. Se distribuyen películas y libros populares entre una audiencia de millones que desean saber cómo y cuándo es que llevará Dios nuestra historia a su final. Es probable que estén interesados en preguntas especulativas, mucho más de lo que lo estaba Pablo. En los difíciles versículos de 5.1–4, Pablo trata de describir lo indescriptible. Desea demostrar la vasta diferencia que hay entre el endeble tabernáculo en el que habitamos ahora y la morada que Dios ha preparado. El primero pertenece a la categoría de las cosas que se ven, y la segunda al mundo de lo que no se ve.

La «tienda terrenal» (NASB) era una imagen apropiada para el cuerpo. Isaías 38.12 recoge las palabras que dijo el rey Ezequías, después de que éste se recuperó de una enfermedad.

Mi morada ha sido movida y traspasada de mí, como tienda de pastor. Como tejedor corté mi vida; me cortará con la enfermedad; me consumirás entre el día y la noche.

Job describe esa vida transitoria y dolorosa de los que «habitan en casas de barro» (Job 4.19). La imagen de la tienda [o el tabernáculo] insinúa cuán transitoria es nuestra existencia corporal. De hecho, Pablo describe la vida en este tabernáculo como una vida llena de gemidos, suspiros y angustia (5.2, 4). Este «tabernáculo terrenal» está hecho de materiales tan endebles que inexorablemente será destruido (5.1).

Los que criticaban el ministerio de Pablo se centraban en lo que podía verse: los gemidos, los suspiros y la angustia de uno que vivía en un «tabernáculo terrenal». Concluían, después de observar un «tabernáculo» que se estaba desgastando, que su ministerio era en vano. Pero Pablo tiene un patrón diferente de percepción. Dice: «porque por fe andamos, no por vista» (5.7). Rehusaba llevar a cabo su ministerio atendiendo a los patrones visibles, porque él sabía que había un edificio estable y confiable que al final reemplazaría al endeble tabernáculo. Era éste un edificio «no

hecho de manos, eterna, en los cielos» (5.1). El podía soportar los gemidos y los suspiros del presente, pues «sabía» (5.1) que tenía esta morada eterna.

El «andar por fe, no por vista» (5.7) es un distintivo del cristiano. Nosotros, al igual que los oponentes de Pablo, hallamos más fácil «andar por vista». Hay quienes prefieren considerar que la vida cristiana supone estar disfrutando ya de una experiencia «maravillosa», en un lugar donde la ansiedad y la frustración no los alcanzará. Tal vez la referencia que hace Pablo en 12.2 a su experiencia en el tercer cielo, fue escrita precisamente porque muchos enfatizaban que la vida cristiana era una experiencia «maravillosa». Según 5.1–4, hay otra manera de ver la cuestión. Todavía estamos esperando y «deseando» ser revestidos de la habitación celestial. Mientras «andamos por fe», «gemimos con angustia» (5.4). Una fe que se basa en señales visibles no es del todo fe (cf. Romanos 8.24). La fe supone el confiar en Dios cuando no podemos ver la prueba de Su obra en el mundo. Supone la participación en la cruz de Jesús cuando los resultados positivos no están a la vista. El cristianismo auténtico incluye la aceptación de la angustia que lleva aparejada la edificación de nuestra vida en lo que no podemos ver. Sabemos que hay más reservado para nosotros.

Durante la violencia y la desesperación de la Segunda Guerra Mundial, alguien garabateó en una pared de un sótano de Colonia, Alemania, una extraordinaria confesión de fe que se parece a la que Pablo adoptó:

Creo en el sol, aun cuando no esté brillando;
Creo en el amor, aun cuando no lo perciba;
Creo en Dios, aun cuando guarde silencio.

Pablo eligió confiar en Dios, aun cuando no podía ver la habitación celestial.

Pablo está diciendo en 5.1 que nosotros «sabemos» que «tenemos de Dios un edificio», aunque él no podía verlo (5.7). Él estaba seguro de que, mientras el cuerpo (el tabernáculo) puede ser destruido, jamás estaremos «desnudos», pues llevaremos puesta nuestra nueva indumentaria (5.3). Pablo usa tres términos diferentes para referirse a esta nueva indumentaria. Tenemos un «edificio» (*oikdome*), una «casa» (*oikia*) y una «habitación» (*oikterion*). Las palabras insinúan la permanencia y calidad superior del futuro hogar. Nos recuerdan que, aunque nuestra salud puede deteriorarse, nuestra relación con Dios jamás cesa. Puede que usemos muchas imágenes diferentes para describir nuestro futuro con Dios, pero detrás de todas ellas hay una certeza: Dios nos ha prometido una vida que no tendrá fin. Estamos sirviendo en una causa que no se puede detener.

CONCLUSIÓN

No fue el interés de Pablo especular acerca del futuro, ni rellenar los vacíos de información en cuanto al «cómo» o al «cuándo» del fin. Deseaba mostrar a sus críticos por qué él, con una salud que se deterioraba, jamás estaba desanimado cuando la falta de resultados le daba toda la razón de estarlo. La actitud de Pablo era esta: «Así que vivimos confiados» (5.6; cf. 5.8). No había derrota momentánea que pudiera desanimar al ministro que sabía que la promesa de un gran futuro ya se había garantizado. La perspectiva que puede decir: «Porque por fe andamos, no por vista», es la señal del verdadero cristiano. ◆